

Autor: Carmen López de la Fuente. BLANES (Girona)

CARTA DESDE

EL PURGATORIO

Cleo

Desconocida y recordada Victoria:

Mil perdones y disculpas por aparecer ahora, justo ahora, cuando podía haberte escrito hace mil años, cuando empezabas a ser mujer, cuando ya tenías capacidad para entender mi petición de clemencia.

Permíteme -y te ruego no me otorgues un rango que no tengo- me presente. Soy la bala que hirió en la pierna a tu padre, justo en aquella década donde el luto y el dolor eran cotidianos, cuando uno se despertaba a diario con la noticia de una nueva muerte, de un nuevo ataque de vandalismo, de sinrazón. Todo estaba por escribir, en ese país al que le costaba dejar el estigma de charanga y pandereta, todo olía a sinrazón, allá por los ochenta de la pasada centuria, cuando el terrorismo medraba en el ama de media península, dejando cadáveres, odio y mil preguntas sin respuesta. Fueron años tristes, años de plomo, donde quien vestía uniforme se llevó la peor parte, solo por defender un orden, un futuro, solo por ser lo que eran. Pero permíteme que no me aleje de mi veraz motivo, que para nada pretendo reverdecer ni desenterrar episodios que mejor guardar en lugar esquinado, sabedor que a nada conduce resucitarlos, que a nada lleva rememorarlos.

Déjame decirte que, hace años, tuve la imperiosa necesidad de contactar contigo, de argumentarte aquellos injustificables hechos, de explicarte el escenario de cómo sucedió todo. Fui cobarde, tuve miedo. Supongo que por eso no te escribí. Y no creas que hoy, que al final me he decidido, me siento más valiente. Una trémula sensación, un nerviosismo inusual en mí, me abotarga las ideas y el alma, sí, el alma, pues aunque parezca que el hierro no ha de tener tamaña esencia, te juro que me convierto en metal blando al recordar aquellas fechas, estériles, crueles, que solo trajeron desasosiego.

No culparé a quien apretó el gatillo, ni a quien puso el arma en manos de aquel jovencuelo inexperto que, amparado en unos ideales que solo albergaban odio, descerrajó su pistola rompiendo la pierna de tu progenitor. La guerra sucia entre quienes defendían postulados diametralmente opuestos -y pese al tiempo transcurrido- está llena de despropósitos y versiones, de nombres y causas, de asuntos pendientes y argumentos poco convincentes.

Nadie ganó, créeme, nadie ganó.

Pero no quiero perderme en anécdotas de taberna ni vodeviles zafios sobre aquellos años grises, años crueles. Lo cierto es que un individuo, a quien adoctrinaron con ideario radical, donde la vida ajena poco importaba y al que dieron un arma que apenas sabía manejar, fue el responsable que tú nunca llegaras a conocer a quien te creó. Entiendo que me odies, porque te hice mal, porque fui yo quien provocó tan irreparable dolor.

Ocurrió en tierras vascongadas, antaño regadas con lluvia y excesivo odio. Tu padre patrullaba, de servicio, intentando recomponer un orden que por aquellos pagos se antojaba frágil, primerizo. La libertad, la democracia, eran palabras nuevas, a las que había que buscar su significado en el diccionario. Costaba digerir que todo estaba cambiando, que era menester una cierta disciplina, un cierto orden para que la sociedad asimilara esos nuevos aires, esos nuevos horizontes.

No en vano demasiados años se arrastraban con tal carencia.

Jovenzuelo de planta erguida y alma noble, el delito de tu padre, su delito, fue llevar uniforme, uniforme de la Guardia Civil, algo digno de orgullo en muchos lugares, pero también algo estigmatizado en otros pagos, y más en aquellos años revestidos de sinrazón. El que empuñaba el arma que hirió a quien te dio apellido solo cumplía órdenes, consignas, ésas que —emulando la frase de Unamuno— juraban que el enemigo es el otro, el que está enfrente, solo porque representa la ley, solo porque lleva otra divisa. Cuesta entender que dos personas se comuniquen a base de pólvora y fuego, sin conocerse, sin odiarse, solo porque alguien ha decidido que quien está en el otro bando es el rival, el malo, el diferente. Lo cierto es que aquél descerrajó su arma sin saber exactamente quién era el receptor del disparo, del atentado. No importaba que el cacho de metal que soy matara, y mucho menos importaba la historia, la vida de quien recibía el impacto. El tener postulados y opiniones diferentes, el representar una divisa o ley nunca justificarán que un ser dispare, bajo ningún pretexto, contra otro, simplemente por tener diferentes conceptos de cómo ha de ser una sociedad. Hay otros cauces, hay otras formas, aunque en aquella época todo fuera en precario. Pero así pasó, así fue.

Yo, la bala que soy, salí percutida con un solo objetivo. Matar.

Alguien dijo que cuando se acaban las palabras aparecen los fusiles, y que las balas son los argumentos definitivos para convencer a quien tiene postulados y opiniones diferentes al que aprieta el gatillo. En este caso, una añadida fatalidad, ese proyectil que fui, marcó un destino diferente al que uno se presumía. Sea como fuere, yo, metal mortal, acabé en el muslo de tu padre

Pero deja que retome el hilo, pues temo perderme en divagaciones y no aclararte el motivo de estas líneas. Tu padre, aquel jovenzuelo que ni aparentaba los veinticinco años que en realidad tenía, maridó un año después de padecer aquel salvaje atentado. Aquella bala, yo misma, le provoqué de por vida una visible cojera, huella de cómo lo absurdo puede convertirse en un cotidiano dolor. Con el

pasar de los meses, y debido al infortunio, la pierna, la pierna que yo mutilé, se gangrenó.

Sí, ya sé, te parecerá hartamente cruel, pero aquí empieza mi derrota, mi sentido de culpabilidad, ése que aún a día de hoy me persigue, atormentándome, el mismo que me ha convencido para que me dirija a ti para remediar tal disparate, para redimirme, para liberarme, para ser solo una bala, una de tantas que se dispararon durante aquel infame exceso, pero no la que participó para que tú nunca llegaras a conocer a quien te engendró.

Ahí mi desasosiego, mi penar. Yo no quise, yo no pude evitar ese trágico final. Ya te he dicho, desconocida Victoria, que solo soy un proyectil, un trozo de metal disparado por un fanático y torpe adoctrinado que, a la par, nunca adivinó los acontecimientos posteriores.

Sé -porque en este mundo todo se sabe- que quien fue tu madre quería a tu progenitor tal y como era, importándole poco que necesitara de muleta y coraje para levantarse a diario. Meses más tarde, y mientras crecías en el vientre materno, yo me convertí en la guadaña que medró algo más que el cuerpo de tu padre. Omitiré detalles escabrosos e innecesarios sobre la amputación de la zona afectada. Solo te diré que se llegó tarde, que el cuerpo estaba excesivamente derrotado, que no fue remedio suficiente sesgar la pierna. La herida y sus consecuencias acabaron por generalizar y esparcir la nombrada gangrena.

La fatalidad, bien por un motivo, bien por otro, quiso un final trágico.

La muerte, cruel, asoma cuando uno menos lo espera, y a tu padre -y ahí mi más severo penar- el destino le impidió llegar a conocerte. Apenas veinte días después de su óbito, el mundo se abría para ti.

También me consta que tras su finar, tu madre jamás volvió a maridar. Amores de los de antes, de esos que ya no quedan, pero que merecerían mejor recompensa que el anonimato en el que quedaron, pues la muerte del ser querido, lejos de ser noticia, apenas ocupó dos reseñas en un periódico de provincias. Cruel época, donde hasta las muertes por terrorismo dejaron de ser portada, de ser tragedia, quizás porque a diario se producían, quizás porque la gente ya no valoraba el sufrimiento ajeno.

Lejos de venir con un pan bajo el brazo, tu alumbramiento fue triste. Triste por la situación, triste por la desangelada fecha, triste por el luto que impregnaba las paredes que fueron de tu casa. Tu madre, desubicada de sí misma, apenas sabía como terciar ante aquella situación. Era joven, también inexperta. ¿Quién está preparado para episodios de tal calibre?. Cierto y veraz que tú naciste así, casi sin quererlo, apareciendo en el peor escenario que uno pueda imaginarse. Te aseguro, y eso me reconcome, que tu llegada no fue regada con felicitaciones ni parabienes. No hubo regalos, no hubo sonrisas ni palmaditas en la espalda. El progenitor no estaba, tu madre apenas se recuperaba de la tragedia padecida. Tú llorabas.

Yo, hierro asesino, me avergüenzo de ser cómplice de tanta desazón, de tanto odio absurdo.

Por eso te escribo esa carta, tardía, pero necesaria para mí. Una bala, una cochina bala, yo, torció algo más que una vida. Quitó la de tu padre, estropeó la de la mujer que te alumbró y, a ti, te dejó huérfana de luz y de infancia.

Me duele, me ha dolido, y me dolerá siempre ser herramienta necesaria para que tamaña monstruosidad se produjera. Yo no quise, no pude evitar que la historia se escribiera tal y como se ha escrito. Pero ello no me exime de culpa, ni de dolor, y ese desasosiego, ese penar, me quema casi tanto como la pólvora cuando incendia el aire. Quizás por eso entiendo el odio, la desazón que puedas sentir mientras lees estas líneas.

De ahí mi petición y súplica de perdón, el perdón necesario para volver a ser acero, que no proyectil, y reencarnarme en metal dúctil, ése que ha de servir como bisturí que cura, como muleta en la que apoyarse, como cama donde ha de reposar el enfermo. Ahora, hoy, yazco en un imaginario purgatorio, esperando una necesaria clemencia, para redimirme, para liberarme. Con que me perdone durante un instante -que es casi una eternidad- me libraré de vagar en la nada, de consumirme en un limbo en el que no acierto.

Porque ésta es mi desesperación, tan necesaria como sentida, pues sin tu clemencia apenas soy ésa que deambula por el purgatorio de las balas perdidas, sintiéndome culpable que tú no conocieras a quien te dio la vida, solo porque llevaba uniforme –un digno uniforme-, solo porque procuraba un mañana mejor.

Que dejes de odiarme me basta, pues solo pretendo ser metal blando, nunca, nunca más, proyectil.

Atentamente.

P.D.

No te imaginas, Victoria, el placer y alegría que me aporta el saber tu nombre, escogido por tu padre, quizás por el significado que tu santoral encierra. Ojala hagas buen uso de él, pues la victoria, aunada al sentido común, ha de traernos un nuevo horizonte, ése que ha de convertir el hierro en metal blando, el que cura, el que construye puentes esperanzadores. Nada me placería más que la muerte de tu padre –al igual que otros que fallecieron bajo la insignia de la Guardia Civil- no haya sido estéril, y la victoria, tardía pero victoria al fin y al cabo, honre a quien dejó piel y alma para un mañana mejor.